

rra de la cual le obligaron a huir la traición y el asesinato”.

El general Villa evidentemente no es sólo un jefe militar de mucha capacidad. Descubre cualidades de estadista cuando dice:

“Esta revolución debe ser la última en México y debe ser completa y conclusiva. Debemos llevarla a cabo por la fuerza de las armas, para que al final no haya observaciones a nuestras órdenes o a nuestras leyes”.

“La revolución debe ser completa y conclusiva o no podrá ser la última. Debe evitar compromisos para ser completa y conclusiva. Madero hizo compromisos y su gobierno fracasó por la traición de aquellos que no supieron apreciarle y se aprovecharon de su clemencia”.

Esto es cierto y la lección no será perdida.

El Presidente Díaz se rindió muy pronto a la revolución de Madero, en favor de las clases privadas de tierras, para establecer su finalidad en la mente de las clases dominantes. Huerta, sosteniéndose en su torpe y desesperada manera, ha prestado, sin saberlo, un valioso servicio a su país forzando una nueva lucha por la causa de Madero para llevarla a su fin.

Villa evidentemente conoce su país y sus grandes necesidades presentes. Le está enseñando que la guerra es la guerra. Está enseñando esto con una fuerza que se recordará por mucho tiempo, que usurpación significa guerra y que el puesto de Presidente electo no se gana con asesinatos por la espalda, sin guerra y sin guerra hasta el fin.

Este es el camino y el único en el que los pueblos que se gobiernan a sí mismos han logrado implantar el gobierno constitucional. Es el único medio con el cual tal gobierno puede ser establecido y afianzado en México.

La intervención armada hubiera sólo dilatado este fin. El reconocimiento de Huerta hubiera sólo ayudado a destruirlo. La política de Wilson está encontrado su vindicación en el curso corriente de los acontecimientos.

Nueva York, abril 22.—El doctor William Bayard Hale, que fué agente confidencial del presidente Wilson en México, publicará en el número próximo de la revista “World’s Work”, un artículo en el cual explica la política del jefe del Ejecutivo americano, en México, y dice que los Estados Unidos no quieren quitar nada a México, porque no desean enajenarse las simpatías del resto de la América latina.

Predice que las fuerzas americanas serán retiradas tan pronto como el orden constitucional y quede restablecido, y que, hasta donde alcance el poder y la influencia del presidente Wilson, no se pedirá, ni se aceptará, indemnización, en territorio ni en dinero. Y agrega: “Pero nadie puede predecir hasta qué punto la influencia de los vastos intereses americanos en México, multiplicados en valor bajo la bandera americana, podrán llegar para hacer imposible la retirada. Pero lo que queremos en México y en toda la América Central es orden y nada más”.

Cree el doctor Hale que las revoluciones centro-americanas son preparadas en Europa y que es el deber de los Estados Unidos decidir cuando están enteramente justificadas.

A juicio del articulista, cuando el Presidente Wilson empezó a informarse sobre los hechos relacionados con el golpe de estado que elevó a Huerta, para juzgar de la legalidad del gobierno de facto que existía en la ciudad de México, se dió el paso más trascendental de cuantos ha inspirado la doctrina de Monroe en todo el proceso de su evolución.

Asegura que el golpe de Estado de Huerta no fué siquiera una revolución, sino un cuartelazo, conspiración de un puñado de militares pagados con dinero de los científicos emigrados y de algunos reaccionarios españoles.

Describe a Huerta como un viejo indio, tuerto, que se alimenta con cognac, y describe con colores muy vivos la traición a Madero y el asesinato de éste.

“La exposición de todo esto —dice— es bastante para reconocer como indudable que era imposible reconocer a Huerta como de un gobierno legal, una vez que Mr. Wilson se dedicó a tamizar revoluciones. La ficción de la tragedia nunca llegó a imaginar un tipo tan asquerosamente villano como Huerta, ni una carrera que de manera tan cumplida justificase que no se le reconociese. Otras potencias no tuvieron escrúpulos en conceder el reconocimiento inmediato, al asesino y usurpador. Pero los Estados Unidos no son imitadores de las potencias. Son y han sido desde el principio de su historia, las avanzadas morales del mundo. El hecho es que las grandes potencias no tienen conciencia, y los Estados Unidos la tienen. Es que somos un pueblo sencillo, que no podemos desprender de nuestro espíritu el prejuicio contra el asesinato. Esto, según los periódicos ingleses, es hipocresía, sentimentalismo, quijotismo, superioridad moral ofensiva para los demás. No es sentimentalismo, sino sana moralidad que, desgraciadamente, desconoce la política extranjera de muchas otras naciones”.

Washington, mayo 18—El Presidente Wilson dijo a los comisionados americanos a la conferencia de Niágara Falls, quienes saldrán mañana para dicha población, que los Estados Unidos estiman que la solución del problema mexicano, íntegramente, de un modo definitivo, será requisito indispensable para que las tropas americanas se retiren de Veracruz.

Aunque Mr. Wilson no dió a los dos comisionados instrucciones precisas, definió que estima esencial la eliminación de Huerta y el establecimiento de un gobierno provisional fuerte, constituido de manera que pueda esperarse de él, que lleve a cabo las elecciones con imparcialidad para todos los partidos y bandos, además de garantizar la solución del problema agrario mexicano, que se considera la causa y origen de la inquietud constante existente en aquel país desde hace varios años.

Se ha sabido que los mediadores tienen ya preparado un plan de arreglo, que someterán a la consideración de los delegados y a todos los interesados, cuya nota saliente consiste en la eliminación de la enojosa cuestión agraria, regulando la forma en que ha de hacerse la división de las tierras, a fin de satisfacer las ansias de justicia de la masa del pueblo, que ha estado hasta ahora sojuzgada por el pequeño grupo de los privilegiados en cuya posesión han estado siempre las tierras de la República.

Esto es lo que se sabe sobre el plan de los mediadores, las líneas generales, de ese su extremo más importante, pero se desconocen los detalles de la forma que le han dado a la solución que proponen para que ésta sea efectiva.

Los mediadores tienen confianza en que cuando los planes que ellos sugerirán sean presentados, los mismos constitucionalistas se apresurarán a pedir que se les otorgue representación en la conferencia, donde creen que debe solucionarse el conflicto.

A juzgar por las noticias que el cable nos trasmite, la situación del general Huerta es cada día más difícil; y su gobierno, en la borrasca, rápidamente se desmorona. Los elementos que hasta ayer le fueron ciegamente adictos, comienzan a sentir la necesidad de su caída. Los cómplices del bárbaro sistema que puso en práctica, huyen despavoridos del alcance de su mano. El ejército, su único instrumento positivo de dominio, dá señales claras de indisciplina y desconcierto. Y el pueblo, en constante oleaje, amenaza al tirano y pide su renuncia, suprema aspiración de todos los partidos y de todas las conciencias. Las fuerzas constitucionalistas avanzan con paso seguro; donde quiera que llegan, triunfan; y los federales, de desastre en desastre, apenas intentan defender su causa, que ya saben como es la peor de las causas. Los arsenales de Huerta se vacían pasando ar-

mas y municiones a poder de sus adversarios. Los generales se mueven de un lado a otro, sin plan y sin fe las tropas. Y el cerco va siendo más estrecho, el derrumbe más inmediato, la fatalidad del desastre más evidente. ¿Qué espera y qué pretende, entre tanto, el déspota? ¿Por qué no abandona la usurpada banda y evita a su patria mayores desgracias y dolores y vejámenes? Huerta une a la ambición del latino la temeraria tenacidad del indio. Prefiere su fama de valiente a su nombre de ciudadano. El orgullo ocupa su frío y duro corazón. Cree que reflexionar es inaudita cobardía. Y para que él demuestre la intensidad de su valor, México ha de convertirse en cenizas. El doctor Urrutia, el más feroz de sus ministros, acaba de huir, en medio de la indignación del pueblo de Veracruz, que pretendió lincharlo. Causa espanto la manera como Urrutia confiesa sus crímenes y se declara reo de inverosímiles delitos. Urrutia, tuvo por cliente a Huerta cuando Huerta pasaba por un gran general en gracia de Madero. Su primer acto de hombre político fué el hacerse cargo de la cartera de Gobernación, después de asesinado Madero por su cliente. El segundo, suscribir órdenes de prisión, disponer "fusilatas" horrendas y perseguir a los amigos tanto como a los enemigos. Al lado de Huerta, Urrutia se volvió otro tigre. Sano y salvo en la Habana el diputado Rendón, diéronle tales garantías, desde México, para inducirle a regresar, que le engañaron. A pesar de las precauciones que tomó Rendón para no ser objeto de una celada, su destino se cumplió. Una tarde, el tirano le exige que lleve a su presencia un sujeto de quien se dice que trama cierta huelga. Rendón accede. Y el sujeto a quien sirve de abogado no sale más de Palacio. Las ropas ensangrentadas le fueron devueltas a la viuda. Rendón se enferma de dolor, de cólera, de presentimiento. Cuatro días después, le echan garras los esbirros, le llevan a Tlalpan y el nieto de Miramón, el general de Maximiliano, le advierte que será ejecutado en seguida. "Déjeme usted escribir una

carta a mi esposa...." contesta y le dan lápiz y papel. Rendón inclina la cabeza sobre una tabla que hace de bufete y en ese instante recibe el balazo que lo deja sin vida. Urrutia dice que cumplió órdenes de Huerta. Pero, la sangre derramada por la libertad, es siempre fecunda. Y arrojados Huerta y Urrutia en las tinieblas de sus crímenes, México resurgirá a la luz de la justicia y del honor.

(“EL HALDO” de Cuba.)

DOS FRAGMENTOS DEL PADRE LAS CASAS

BREVISIMA RELACION DE LA DESTRUCCION DE LAS INDIAS.

Descubriéronse las Indias en el año de mil y cuatrocientos y noventa y dos; fuéronse a el año siguiente de cristianos españoles, por manera que há cuarenta y nueve años que fueron a ellas cantidad de españoles; y la primera tierra donde entraron para hecho de poblar, fué la grande y felicísima isla Española, que tiene seiscientas leguas en torno. Hay otras muy grandes e infinitas islas alrededor por todas las partes de ella, que todas estaban, y las vimos, las más pobladas y llenas de naturales gentes, indios d'ellas, que puede ser tierra poblada en el mundo. La Tierra Firme, que está de esta isla por lo más cercano doscientas y cincuenta leguas, poco más, tiene de costa de mar más de diez mil leguas descubiertas, y cada día se descubre más; todas llenas como una colmena, de gentes, en lo que hasta el año de cuarenta y uno se ha descubierto, que parece que puso Dios en aquellas tierras todo el golpe o la mayor cantidad de todo el linaje humano.

Todas estas universas y infinitas gentes, a todo género crió Dios los más simples, sin maldades ni dobleces, obedientísimas, fidelísimas a sus señores naturales y a los cristianos, a quien sirven: más humildes, más pacientes, más pacíficas y quietas: sin rencillas ni bullicios, no rijosos, no querulosos (1), sin rencores, sin odios, sin desear venganzas que hay en el mundo. Son asimismo las gentes más delicadas, flacas y tiernas en complición

(1) Es decir, no amigo de pendencias ni querellas.

(1), y que menos pueden sufrir trabajos, y que más fácilmente mueren de cualquier enfermedad; que ni hijos de príncipes y señores, entre nosotros criados en regalos y delicada vida, no son más delicados que ellos, aunque sean de los que entre ellos son de linaje de labradores. Son también gentes paupérrimas, y que menos poseen ni quieren poseer de bienes temporales, y por esto no soberbias, no ambiciosas, no codiciosas. Su comida es tal, que la de los Santos Padres en el desierto no parece haber sido más estrecha ni menos deleitosa ni pobre. Sus vestidos comunmente, son en cueros, cubiertas sus vergüenzas; y, cuando mucho, cúbrense con una manta de algodón, que será como vara y media o dos varas de lienzo en cuadra. Sus camas son encima de una estera, y cuando mucho, duermen en unas como redes colgadas, que en lengua de la isla Española llaman hamacas. Son eso mismo de limpios y desocupados y vivos entendimientos, muy capaces y dóciles para toda buena doctrina, aptísimos para recibir nuestra santa fe católica y ser dotados de virtuosas costumbres, y las que menos impedimentos tienen para esto que Dios crió en el mundo, y son tan importunas desde que una vez comienzan a tener noticia de las cosas de la fe para saberlas y en ejercitar los sacramentos de la Iglesia y el culto divino, que digo verdad que han menester los religiosos para sufrirlos ser dotados por Dios de don muy señalado de paciencia; y, finalmente, yo he oído decir a muchos seglares españoles de muchos años acá, y muchas veces, no pudiendo negar la bondad que en ellos ven: cierto, estas gentes eran las más bienaventuradas del mundo si solamente conocieran a Dios.

En estas ovejas mansas y de las calidades susodichas, por su hacedor y criador así dotadas, entraron los españoles, desde luego que las conocieron, como lobos y tigres y leones crudelísimos de muchos días hambrientos. Y otra cosa no han hecho de cuarenta años a esta

(1) Compleción.

parte hasta hoy, y hoy en este día lo hacen, sino despedazarlas, matarlas, angustiarlas, afligirlas, atormentarlas y destruirlas por las extrañas y nuevas y varias, y nunca otras tales vistas ni leídas ni oídas, maneras de crueldad: de las cuales algunas pocas abajo se dirán, en tanto grado que habiendo en la isla Española sobre tres cuentos de ánimas que vimos, no hay hoy de los naturales de ellas doscientas personas.

La isla de Cuba es quizá tan luenga como desde Valladolid a Roma; está hoy casi toda despoblada. La isla de San Juan y la de Jamaica, islas muy grandes y muy felices y graciosas, ambas estás asoladas. Las islas de los Lucayos, que están comarcanas a la Española y a Cuba por la parte del norte, que son más de sesenta con las que llamaban de Gigantes y otras islas grandes y chicas, y que la peor de ellas es más fértil y graciosa que la huerta del rey de Sevilla y la más sana tierra del mundo, en las cuales había más de quinientas mil ánimas, no hay hoy una sola criatura. Todas las mataron trayéndolas y por traerlas a la isla Española, después que veían que se les acababan los naturales de ella. Andando un navío tres años a rebuscar por ellas la gente que había, después de haber sido vendimiadas, porque un buen espía no se movió por piedad para los que se hallasen convertirlos y ganarlos a Cristo, no se hallaron sino once personas, las cuales yo vide. Detrás más de treinta islas que están en comarca de la isla de San Juan, por la misma causa están despobladas y perdidas. Serán todas estas islas de tierra más de dos mil leguas, que todas están despobladas y desiertas de gente. De la gran Tierra Firme somos ciertos que nuestros españoles, por sus crueldades y nefandas obras, han despoblado y asolado, y que están hoy desiertas, estando llenas de hombres racionales más de diez reinos mayores que toda España, aunque entre Aragón y Portugal en ellos, y más tierra que hay de Sevilla a Jerusalén dos veces, que son más de dos mil leguas.

Daremos por cuenta muy cierta y verdadera que

son muertas en los dichos cuarenta años, por las dichas tiranías e infernales obras de los cristianos, injusta y tiránicamente, más de doce cuentos de ánimas, hombres y mujeres y niños, y en verdad que creo, sin pensar en gañarme, que son más de quince cuentos. (1)

Dos maneras generales y principales han tenido los que allá han pasado, que se llaman cristianos, en extirpar y raer de la haz de la tierra aquellas miserandas naciones. La una por injustas, crueles, sangrientas y tiránicas guerras. La otra, después que han muerto todos los que podrían anhelar o sospirar o pensar en libertad, o en salir de los tormentos que padecen, como son todos los señores naturales y los hombres varones (porque comúnmente no dejan en las guerras a vida sino los mozos y mujeres) oprimiéndoles con la más dura, horrible y áspera servidumbre en que jamás hombres ni bestias pudieron ser puestas. A estas dos maneras de tiranía infernal se reducen y se resuelven o subalternan como a géneros todas las otras diversas y varias de asolar aquellas gentes, que son infinitas.

La causa porque han muerto y destruído tantas y tales y tan infinito número de ánimas los cristianos, ha sido solamente por tener por su fin último el oro y henchirse de riquezas en muy breves días y subir a estados muy altos y sin proporción de sus personas (conviene a saber): por la insaciable codicia y ambición que han tenido, que ha sido mayor que en el mundo ser pudo, por ser aquellas tierras tan felices y tan ricas, y las gentes tan humildes, tan pacientes y tan fáciles a sujetarlas, a las cuales no han tenido más respeto ni de ellas han hecho más cuenta ni estima (hablo con verdad por lo que sé y he visto todo el dicho tiempo), no digo que de bestias (porque pluguiera a Dios que como a bestias las hubieran tratado y estimado), pero como a menos que estiércol de las plazas. Y así han curado de sus vidas y de sus ánimas, y por esto todos los números y cuentos

(1) Es decir, quince millones.